

Los Cuadernos de Polimnia

I



Giovanni Sias

El psicoanálisis más allá del Novecientos

Los Cuadernos de Polimnia

«¿Cuando nada soy es cuando soy hombre?» decía Edipo en Colono.

En el punto culminante de la experiencia de lo trágico – donde no somos nada más que el *desecho de la sociedad* – viene al decir la palabra «hombre», pero develada en un significado nuevo. En el momento de la pérdida radical de cada «sí mismo» – de cada maestría, de cada bien, de cada estatus social –, sin más semblantes con quien identificarse, cuando el velo de la ignorancia se ha caído, ¿qué sentido asume la palabra «hombre», a la que los antiguos siempre añadieron el adjetivo «mortal»? El de un sinónimo de la palabra «trágico». El psicoanálisis no garantiza el conocimiento de lo trágico – este descubrimiento del hombre en torno a su «humanidad» –, sino que crea, para cada uno, las condiciones de su posibilidad. Por eso es absolutamente reductivo pensarla como una «cura» que debería concluirse con la restauración del estado de salud que precede a la «enfermedad»; en otras palabras, con la restauración de la ignorancia de sí mismo y del mundo anterior a la formación de un síntoma que te tira en la desesperación, el dolor, el exilio, el misterio, y que introduce, al menos por un momento, la elección entre interrogar al síntoma o curarlo: entre el deseo de saber y la voluntad de ignorancia, entre el comenzar a notar el intolerable «real», en el centro de cada cuestión que recuerda lo trágico, y la adhesión incondicional a los protocolos y convenciones de la realidad.

Los Cuadernos de Polimnia, de los que presentamos aquí el primer número, que establece el horizonte de las cuestiones (y que se ofrece de forma gratuita como todos los que van a seguir), intentan reabrir un debate con varias voces y en varios idiomas (los *Cuadernos* se traducirán al inglés, francés, alemán, español) para relanzar el gesto subversivo del psicoanálisis, considerado no como una profesión médica – una psicoterapia estatal – que busca normalizar o, alternativamente, reprimir o aislar, sino como una experiencia excepcional que cada analizando renueva en el «descubrimiento del hombre» que es. ¡Cuando ya no es nada!

Quien desee compartir, aunque sea críticamente, al menos algunas de las preguntas planteadas por este primer número de los *Cuadernos*, puede enviar un escrito a: info@polimniadigitaleditions.com

Los Cuadernos de Polimnia

1

Giovanni Sias

EL PSICOANÁLISIS MÁS ALLÁ DEL NOVECIENTOS



Título original:
LA PSICANALISI OLTRE IL NOVECENTO

Traducción del italiano a cargo de SALVATORE PACE

© 2018 Polimnia Digital Editions s.r.l., via Campo Marzio 34, 33077 Sacile (PN)

Tel. 0434 73.44.72.

<http://www.polimniadigitaleditions.com>

[Catalogo di Polimnia Digital Editions](#)

<mailto:info@polimniadigitaleditions.com>

ISBN: 978-88-99193-51-5

ISBN-A: 10.9788899193/515

EL PSICOANÁLISIS MÁS ALLÁ DEL NOVECIENTOS

I. Los últimos 30-35 años han marcado cambios importantes en la cultura europea que han influido de manera decisiva sobre la posición del psicoanalista.

Durante años, las legislaciones nacionales han impuesto la psicoterapia como la única práctica legítima, forzando al psicoanalista a conformarse y seguir prácticas ajenas tanto a la historia y teoría del psicoanálisis así como a los criterios consolidados de su formación, requiriéndole abandonar la ética psicoanalítica en favor de la deontología profesional.

La obligación de seguir cursos, de postgrado o para-universitarios, está dictada por el criterio protocolar de la cura. Esto significa, en el nivel de la organización social, que cada evento psíquico que se aleja de los modelos morales y culturales de la sociedad capitalista contemporánea está, en cuanto tal, clasificado como «enfermedad». Se considera cada vez más la psicoterapia como un tratamiento «rehabilitador» o «adaptativo», que debería devolver al paciente a una salud psicológica presuntamente prescrita, y esto sucede bajo el control moral y jurídico de la ley del estado. La lógica psiquiátrica contemporánea, vinculada a los diversos DSM (y similares), impone su dominio sobre todo pensamiento relativo a la neurosis y la psicosis.

Existen también algunos burlones a quienes, en un sobresalto orgásmico de «salud» social, les gustaría una psicoterapia *ope legis*, impuesta a todos los ciudadanos para asegurar el bienestar común y la felicidad, tal vez asociada con algún nuevo redescubrimiento milagroso de compañías farmacéuticas; no importa cuál, cualquiera de las 360 psicoterapias en circulación va a estar bien, siempre y cuando esté garantizada por el estado. Y dado que estamos en un régimen de libertad, incluso este (me refiero el *régimen*) garantizado por el estado, cada ser humano tendrá el derecho y la libertad de elegir el árbol de

donde ahorcarse, y no siempre, en los alrededores, hay una fragaria disponible¹.

Existe, por parte del sistema capitalista avanzado, la necesidad de un control capilar de la sociedad que se implementa a través de la medicina y, en particular, del lado de la «salud mental» (un término muy utilizado pero que, en la práctica, no significa nada), de su definición diagnóstica como en la realización de una supuesta normalidad psicológica prescriptiva. Aquel que no cumple con estos requisitos se convierte en escoria social, medicalizado de por vida y sometido a interminables rehabilitaciones (como en el caso del autismo) en lugares altamente «especializados y tecnológicos» del que jamás saldrá; pero si la rehabilitación es de por vida, es porque se ha convertido en parte del proceso de producción de bienes: el autismo, la esquizofrenia u otras clasificaciones de la psicopatología ya no son solo enfermedades, sino herramientas sociales reales, bienes que se han vuelto apropiadas para la producción de bienes y por lo tanto de riqueza.

Ya no hay ser humano, sino patología. Una vez que un hombre ha sido registrado bajo una de las definiciones del diagnóstico, pierde su calidad humana para convertirse en la patología que se le atribuye y esto es posible porque el nombre propio es reemplazado por el diagnóstico. Un hermoso poema de Alda Merini titulado *A Alda Merini* aclara muy bien este intercambio: «Amé con ternura a dulcísimos amantes, / sin que ellos sospechasen nunca nada. / Y tejí telarañas sobre ellos/ y en ellas quedé presa. / En mí moraba el alma de la meretriz / de la santa de la sanguinaria y de la farisea. / Muchos le dieron nombre a mi modo de ser / y sólo fui una histérica»².

Representantes despreocupados de las democracias sociales europeas, incluida la italiana, han establecido legalmente la figura profesional, «adecuadamente formada» para el propósito, del asistente sexual (¿pero dónde se formaron?), para garantizar el derecho al erotismo y al amor de los minusválidos y, por lo tanto, a su bienestar psicofísico y su felicidad (¿pero qué les van a hacer?). Se parte de la distorsión lógica de que un discapacitado ya no

¹ G. C. Croce - A. Banchieri, *Bertoldo, Bertoldino e Cacasenno*. Se trata de tres novelas cómicas italianas de principios del siglo XVII que hablan de las astucias de Bertoldo. Bertoldo, condenado por el rey a la horca, pide, como último deseo, que se le permita elegir el árbol que había de ser ahorcado, y elige una planta de fresas. Las novelas reanudan y retrabajan historias antiguas, en particular el medieval *Dialogus Salomonis et Marcolphi*.

² A. Merini, *Vacío de amor*, edición y traducción de Mercedes Arriaga Flórez y Jenaro Talens, Cálamo, Palencia, 2010, p. 71. Alda Merini (1931-2009), una de las más importantes poetisas de finales del siglo XX y candidata al Premio Nobel, ha vivido parte de su vida encerrada en un hospital psiquiátrico.

sería un ser humano que disfruta de su vida y, a veces, incluso a niveles muy altos, sino solo un pobre infeliz necesitado. Entonces pasa que un hombre, una mujer, un niño, un adolescente ya no sean seres humanos, sino que deben corresponder a una categoría: ya no más hombres y mujeres sino «minusválidos», que es categoría social y humana distinta de cualquier otra. Una vez que se convierte en su diagnóstico, un hombre ya no es tal, sino sólo una «patología» y así tendrá el derecho, incluso él, pobrecito, a su asistente personal. Debemos admitir que los vendedores de felicidad y bienestar siempre tuvieron mucha suerte.

Todo esto está vinculado, a nivel social y cultural, a un concepto vitalista que se ha vuelto cada vez más dominante en el imaginario colectivo desde los años ochenta del siglo XX. La psiquiatría orgánica está recobrando impulso y se apodera de la psiquiatría tanto fenomenológica como psicoanalítica, y todo esto sucede mientras la psicoterapia institucional de Jean Oury y la antipsiquiatría de Basaglia y Foucault parecen estar en pleno desarrollo. Efecto paradójico de un engaño visual: el narcisismo y la voluntad de poder, que han afectado la cultura psicoanalítica, han impedido que los psicoanalistas, ya prisioneros del pensamiento epigonal, escuchen lo que ya era evidente.

El vitalismo, siempre involucrado con el naturalismo, el animalismo, con la moda del biologismo, la salud y el organicismo, va acompañado de una concepción del ser humano que recuerda, en el lenguaje, significantes y metáforas naturalistas y de la biología de la vida y naturaleza; humanidad arrebatada a su realidad humana, que busca su máxima seguridad en la salud de sus propias entrañas, o en la bondad de una naturaleza imaginaria, en lugar de jugar su apuesta y su vida en la historia y la sociedad (para decirlo con Michail Bachtin), confiando en la garantía imaginaria de la salvación personal, aunque ilusoria, ofrecida por la tecnología, la medicina y la psicología; humanidad que se ha vuelto incapaz de enfrentar lo real, y *que confía* en la escotomización de la muerte y lo real en la ilusión de una vida cada vez más larga, cuya única ventaja es la económica que proviene de la construcción de hogares de retiro cada vez más lujosos para los ancianos, que son verdaderas estructuras de salud para la contención de hombres y mujeres que están tan vivos pero que cada vez son más incapaces de vivir y valerse de sí mismos, donde su vida se ha convertido, en el ciclo del capitalismo, en una nueva y consistente producción de riqueza: ya no es el hombre como productor de bienes a través del trabajo-mercancía (lo único que realmente posee en la sociedad capitalista, como Marx nos advirtió), sino su propia vida como mercancía cuando ya no está activo en la producción de bienes, ya que la vida

se ha convertido en una mercancía *en sí misma* y *para sí misma*, inserta en el proceso capitalista de producción de riqueza después de que el hombre ha sido privado de toda subjetividad.

Cuando el vitalismo, el naturalismo y el organicismo se convierten en la ideología dominante de una sociedad – y, en nuestro caso específico, de las sociedades europeas del nuevo capitalismo – nos encontramos en momentos de máxima *decadencia* intelectual y social, donde reina el moralismo, el miedo, la desconfianza, el egoísmo y todo esto en las diferentes épocas de la historia ha producido daños irreparables, tragedias rápidamente olvidadas: remoción que predispone a su repetición.

Es lamentable observar que una gran parte de los colegas franceses, a cuya cultura (y a los genios que la produjeron) en la primera mitad del siglo XX, ha recurrido gran parte de Europa, no solo los psicoanalistas, sino también filósofos y escritores, son hoy en día los más propensos a permanecer en el engaño y a reproducirlo. El engaño consiste en creer que el psicoanálisis de los Maestros, a partir de Freud, y de concepción todavía ochocentista y de la primera mitad del Novecientos, sigue siendo un lenguaje que permite escuchar el discurso contemporáneo. Nuestro tiempo ya no está vinculado al lenguaje freudiano, ni al idioma bioniano o lacaniano, y las categorías que ellos han desarrollado ya no son suficientes para comprender la contemporaneidad.

Debemos traer de vuelta el discurso del psicoanálisis, y a la cultura que propone, en el debate histórico y social en la contemporaneidad; devolverle el lugar que justamente ocupaba en la historia del pensamiento, al lado del arte y la ciencia.

II. Los psicoanalistas, pero no solo ellos, continúan pensando como si todavía estuviéramos inmersos en el mundo de la *visión*. Pero el mundo, es decir el lenguaje que lo respalda, ha cambiado profundamente y esas categorías ochocentistas y novecentistas ya no son capaces de captar el sentido de la presencia humana en el planeta. Un planeta transformado en sus conceptos más *elementales*.

Desde hace muchos años, la física y la química, pero también la biología y la filosofía, a raíz de Derrida e, incluso antes, de Ortega y Gasset, han elaborado un concepto del mundo, y un lenguaje que lo apoya, que no está en deuda con la visión.

Freud ha desarrollado, a través del concepto del *inconsciente*, una práctica de lectura completamente extraña a la visión, en la que la preeminencia de la escucha permitió abrir escenarios completamente nuevos, tanto del hombre

como del mundo, y de la presencia del hombre en el mundo. Pero los psicoanalistas, vinculados a la apariencia que les ofrecían la psiquiatría y la psicología, se ajustaban al mecanismo de reducción psicologista y la patologización de la experiencia humana; no siguieron la brillante intuición teórica que fundó el psicoanálisis, sino que se adaptaron a la esclavitud de la *opinión*, justificándola.

Para aclarar a qué me refiero, debemos considerar la modificación radical que ha ocurrido en el lenguaje que describe y narra del ser-en-el-mundo.

Antes de 1980, en el lenguaje y en el sentido común, el modelo del mundo creado en el Renacimiento y teorizado por Leon Battista Alberti todavía funcionaba; un modelo que capturó esas relaciones imaginarias que constituían en cada lenguaje lo que hacía posible nombrar el mundo y el ser en el mundo.

Con Alberti, la *perspectiva* – inventada por Brunelleschi para resolver los problemas de la estructura arquitectónica en la construcción de la cúpula de la catedral de Florencia – se convierte en la lógica del espacio que fundamenta la modernidad, a saber, la distancia en metros lineales entre objetos, por lo tanto la relación espacial se convirtió en la medida humana de todas las cosas, una relación decisiva para el funcionamiento del mundo. Es un mundo fundado en la visión, donde el ojo se convierte en el lugar del punto de fuga que determina, a través de la línea *recta*, toda relación con el mundo y sus objetos, que son percibidos por un ojo cuya naturaleza se define por su poder de enfoque de todas las imágenes.

Después de 1980, esta visión del mundo, su geografía, ya no es la misma en el lenguaje y ha cambiado radicalmente, y esto también ha cambiado profundamente la forma de ser en el mundo, nuestra existencia, la forma y el valor del conocimiento.

Si procedemos del concepto de red, a raíz de Internet, las cosas cambian mucho, y el lenguaje que me califica en el mundo ya no es del mismo orden, es decir, el mundo que el lenguaje está creando hoy funda un individuo cuyo vivir ya no es el de antes de 1980; ese «sujeto» que ha sido definido *a priori* por nuestros maestros, y que hemos aprendido a considerar, ya no existe más, si alguna vez realmente existió – si seguimos lo que Giorgio Colli llama las ilusiones de la filosofía moderna a partir de Descartes. La lógica del espacio dada por Alberti ya no sirve para comprender el funcionamiento del mundo y para habitarlo, porque ahora cada medida y cada predicción de las cosas escapan al ojo, lo que significa que las cosas se han vuelto irreductibles a la *razón* nacida con la modernidad.

Y lo mismo se diga acerca de la cuestión del tiempo que la física moderna está cuestionando radicalmente.

Hoy cada individuo es solo falsa e ilusoriamente en relación a otros, como lo es en relación a un sistema, el de Internet, por lo tanto a un servidor que adquiere y «gestiona» (nunca la palabra ha sido más apropiada y al mismo tiempo más engañosa) datos e informaciones de cada uno. Cada individuo no está directamente conectado entre sí, pero cada uno está conectado a un servidor que media cada relación.

Entonces, que todo psicoanalista, como lo fue en el *gesto* de Lacan, Bion y otros, revise los conceptos psicoanalíticos a partir del fundamental del inconsciente, no es en absoluto incongruente con la práctica del psicoanálisis y el tiempo histórico en el que se ubica, ni hace que el trabajo del psicoanalista sea reprehensible, siempre que proceda de su experiencia y no de las fórmulas del autor encomendadas a un libro o a una audiencia, o incluso peor, a un manual. Esto no significa abandonar la tradición, y siguiendo las exploraciones de Daniela Marcheschi³ debemos hablar de tradiciones, pero entender cómo cada tradición debe servir para lanzarse más allá del canon y lo ya dicho, y explorar nuevos territorios y luego volver enriquecidos en lo nuestro, según la feliz intuición de Deleuze y Guattari.

Lo que se necesita hoy es, de nuevo, en un tercer tiempo después de Freud y Lacan, una *refundación* del psicoanálisis, de lo contrario, está destinado a convertirse, y tal vez ya lo sea, en una de las 360 psicoterapias adaptativas del mercado.

III. Si consideramos, freudianamente, al psicoanálisis como el *trabajo de la civilización*, ¿cómo se va a formar el psicoanalista, en su práctica y en la teoría que la expresa, a leer el tiempo histórico y redescubrir los síntomas y los lenguajes que lo constituyen?

Las asociaciones psicoanalíticas, nacidas del modelo social, político y sindicalista del siglo XIX, es decir *militante*, ¿aún son capaces de responder a los desafíos de lo contemporáneo y *escuchar* el lenguaje que lo distingue de otros períodos históricos?

¿Son estas asociaciones capaces de formar psicoanalistas en condición de asumir la responsabilidad absoluta de su obligación hacia el principio de civilización al que su formación psicoanalítica debería haberlos destinado?

¿Todavía son capaces de ser el viático de la soledad del psicoanalista, de su reconocerse en esa «nada de ser» que lo constituye como *psicoanalista*? Y también estar al tanto de que su constituyente no saber y el conocimiento imposible que se constituyen como una condición irrevocable de esa *nesciencia*

³ Véase D. Marcheschi, *Il sogno della letteratura*, Ed. Gaffi, Roma 2012.

a la cuál nos había guiado Jacques Lacan, y con la cuál un psicoanalista se dispone a encontrarse con quienes acuden a él?

¿Y el psicoanalista todavía está consciente de lidiar con «residuos»? De lo que los humanos consideran basura de la que deshacerse (sueños, lapsus, síntomas ...); de estar destinado a escuchar lo que los humanos rechazan de ellos mismos y que los hace sentir a los márgenes de la existencia; en definitiva, la conciencia de ser *exactamente* como los analizantes que lo cuestionan: ¡ser de su misma pasta, es decir, un desecho de la sociedad, como siempre nos enseñó Lacan!

A menudo observo, entre colegas, la aversión a renunciar a los significantes de sus maestros, excepto los de importancia ética que les afectan en sus personas, y que desde hace mucho tiempo han ya renunciado a favor de su reconocimiento profesional. A veces parece sentir precisamente el miedo a perder una especie de «tesoro de significantes» psicoanalíticos con el que presentarse en el mundo en busca de reconocimiento. Un tesoro imaginario, si tenemos en cuenta que se ponen en juego *cada vez* en las producciones de la cultura en diferentes épocas sociales, es decir, en el lenguaje, pero también cada vez en la sesión de análisis. ¿De lo contrario, qué sentido tendría decir que «el psicoanálisis es una obra de civilización» (como preconizado en cada discurso que se basa solo en la teoría, olvidando que nos encontramos en una *práctica* y que en el campo psicoanalítico la teoría puede surgir *solamente* de la práctica)?

Para dar un ejemplo que aclare el alcance de esta práctica, pensemos sólo en el concepto fundamental que Freud introdujo para fundar el psicoanálisis: *el inconsciente*. Si el inconsciente de Lacan ya no es el de Freud o el de otros, es porque la razón que exige la revisión de la teoría está en la modificación del lenguaje que tiene lugar en los cambios sociales e históricos, pero también depende de cómo cada analista se dispone a escuchar y leer *su propia* práctica. Si no prestamos atención a los cambios en el lenguaje, si permanecemos vinculados (¡románticamente vinculados!) a conceptos pertenecientes a épocas lingüísticas que preceden a la nuestra – y ahora podemos llamarlos *preconceptos* –, incluso los de los maestros más venerados, como pensamos que estamos escuchando el discurso de los analizantes en nuestro tiempo? Las nociones y las variaciones teóricas que han surgido son el resultado de la escucha, combinada con lo que el tiempo ha producido en la cultura (lingüística, filosofía, matemáticas), es decir, en el arte y la ciencia. Debemos tener cuidado, porque ese vínculo transforma los conceptos de los maestros en *superstición* en los epígonos.

Cómo no comprender que donde los psicoanalistas han permanecido autorreferenciales, el psicoanálisis (su práctica y su teoría) ha permanecido cerrado en el pantano, circunscrito y bien definido en sus confines, del epigonismo sin ninguna relación con la sociedad, volviéndose ordinario, predecible en sus enunciaciones, imposibilitado por la parálisis de sus practicantes a ser esa fuerza de subversión que Freud nos mostró por primera vez como el *deseo*. Es en esta ausencia que el psicoanálisis sigue siendo sólo psicoterapia.

Y es el deseo que con su apariencia y su articulación empuja hacia los territorios de la locura, un lugar donde la subversión produce todos sus efectos más perturbadores e inquietantes, tanto en la vida del analizante (y por lo tanto también en la nuestra) como a nivel social.

La psicoterapia es el psicoanálisis debilitado de su fuerza de subversión.

¿No es esto lo que está pasando en Europa, en varios países y con diferentes tiempos y modalidades? ¿Cómo no reconocerlo después de haber tenido en la historia ejemplos de prosperidad del poder titánico de la dictadura, de la normalización y burocratización de las vidas en los Estados y en los lugares de producción, como ocurrió en Alemania, los Estados Unidos y la Unión Soviética?

¿Cómo están respondiendo las asociaciones psicoanalíticas a esto? Y, sobre todo, ¿realmente creen que son capaces de responder a los desafíos a los que la sociedad contemporánea las está llamando?

¿Hay algún ingenuo que, para el futuro, realmente cree que podrá permanecer en su asociación sin tener que enfrentarse con los imperativos del capitalismo en la era de la globalización? ¿Y practicar con tranquilidad el psicoanálisis en la libertad «concedida y reconocida» por los Estados? ¿O sentirse tranquilo porque tiene la ilusión de estar cubierto y protegido por el sombrero reconfortante de su maestro-amo?

¿Una asociación que no se enfrenta con esos imperativos, que asociación psicoanalítica es? ¿Y un psicoanalista que no se aventura en el terreno trágico del deseo, que psicoanalista es?

IV. No estoy aquí para defender causas. No pido a nadie que cierre las asociaciones ni a los psicoanalistas que las abandonen. Tampoco quiero pasar por alto la importancia que históricamente han tenido las asociaciones en la preservación y transmisión del psicoanálisis. Es una historia que viene de lejos, y que comienza con Freud. Pero tampoco debemos negar cuanto ha producido el asociacionismo en términos de cierre, donde la preservación del psicoanálisis

se confundía con la de una sola doctrina o de una sola asociación, impuesta a través de un lenguaje jergal al que todos los miembros debían conformarse, gobernado por un líder que, como un buen clérigo, se convertía en «representante» del Nombre del fundador, a quien jurar fidelidad y obediencia exactamente como en la organización eclesiástica. El resultado ha sido la proliferación de asociaciones compitiendo entre sí.

Es importante que hoy, donde la organización social y las formas de pensamiento y lenguaje contemporáneos han cambiado radicalmente, se elaboren nuevas formas de asociación entre los psicoanalistas, más abiertas, más libres, más dispuestas a colaborar y escuchar los lenguajes que en nuestra contemporaneidad pueden presentarnos aquellos síntomas que la contienen y la expresan. Síntomas para los que hoy las categorías nosográficas freudianas, y que todavía conservaban su valor con Lacan, ya no son apropiadas para comprender y expresar la realidad psíquica. En una sociedad, es decir, donde la realidad del Edipo ya no es del mismo orden del que nosotros, en el momento de nuestra formación, hemos conocido y analizado. Nos encontramos frente a lo que algunos sociólogos como Zygmunt Bauman han propuesto ser una «mutación antropológica» o que Moustapha Safouan indica como una sociedad post-edípica.

Ni siquiera estoy aquí para criticar la psicoterapia. La considero una profesión honorable, como la del psicólogo, el médico, el ingeniero o el fontanero. Pero, ¿qué pasa con el psicoanalista, qué tiene que ver su práctica con el «profesionalismo», con la práctica de una profesión?

Añadiré que una persona puede cumplir con dignidad cualquier oficio honorable *y también* practicar como psicoanalista.

Yo me ocupo de escritura, de libros, de traducción. Siempre he querido para mí una vida de estudio y no de acción: no estoy hecho para actuar, organizar, ser productivo para responder a las necesidades de la sociedad. Pero, ¿qué tiene que ver esto con el psicoanalista? Nada!

Porque cuando escucho a una persona, que por esto me paga, siento la necesidad de cambiar el *habitus*, de presentarme a ella vestido con ropas reales y curiales y en un momento en que ninguna actividad con la que pueda tener intercambios (o él, el analizante, tenga) se pueda confundir con el *silencio* que ofrezco a quien se ha declarado dispuesto a pagar por ello.

Muchos, sin embargo, demasiados ahora, piensan que ser psicoanalistas quiere decir presentarse como tales, dar conferencias sobre psicoanálisis, organizar seminarios, escribir libros y artículos *sobre* el tema, ser profesor presentándose con la *vestis* del psicoanalista. Rápidamente olvidamos (¡muy rápido!) con qué determinación decía Freud, escribiendo a Ferenczi, que la

última y más peligrosa de las resistencias al psicoanálisis era la búsqueda del profesionalismo.

Solo el *Übertragung* soporta una psicoanálisis y una formación psicoanalítica.

No quiero, que quede claro, deshonrar la actividad meritoria de los seminarios, ni la de enseñar o escribir, actividades que llevo a cabo, y también con placer y algunos ingresos por mi compromiso. Pero en tales ocasiones no soy psicoanalista, y tengo esto muy bien en cuenta. Al contrario, estoy bajo la forma del analizante, y esta condición, después que me fue presentada por Jacques Lacan, se ha vuelto irrenunciable para mí. Como analizante, como ciudadano, como intelectual, como especialista de la materia *y no como psicoanalista*, trato de articular, en cualquier forma que pueda, especialmente con mis descuidos, mis deslumbramientos y mis idiosincrasias, teoría en psicoanálisis, el fruto de una combinación entre escucha y lecturas diferentes, y contar a otros qué es y cuál es la «cultura del psicoanálisis» y mi experiencia.

Y, para ser honesto, no soy para nada un psicoanalista hasta el momento en que una persona, que pretende ponerse la *vestis* del analizante hasta asumir su *habitus*, no me elige como tal para *su propio* análisis.

Quien tenga la intención de hacer profesionalismo pasando por el nombre de Freud, creo que haya entendido poco sobre su posición *imposible* de psicoanalista; de su propio ser un rechazo de la sociedad, un «hombre sin atributos», un desecho de la humanidad compleja nacida del capitalismo. Un derroche social, precisamente porque no se reconoce en esa humanidad, no puede vivir, entra en conflicto continuamente a través de la producción de aquellos síntomas que se le oponen, impidiéndole adaptarse, conformarse, aceptar su posición en un área que no es suya, *forzándolo* sin siquiera una tregua en el *drama* insoportable de una existencia que lo empuja continuamente sobre el terreno del deseo. Jacques Lacan entendió esto cuando nos advirtió que el psicoanalista es un *síntoma*.

¡Tal vez, sin embargo, alguien haya pensado en un trabajo con el cual posicionarse en la sociedad ocupando un puesto de «utilidad pública», para una actividad, honesta y digna, de «pública utilidad»! ¿Tal vez un «buen psicoanálisis», como la «dieta adecuada», hará ahorrar gastos de salud al resolver la crisis financiera de las arcas del Estado? Pero, ¿no es este el engaño? ¿No está aquí la impostura? ¡Que haya un *puesto* para el psicoanalista en la sociedad capitalista! Y el resultado de este engaño no es la primera y sustancial razón que mueve a muchos (demasiados) que dicen ser psicoanalistas sin siquiera provocar la risa de otros al reclamar a los Estados un reconocimiento, como psicoanalista, diferente de aquel del psicoterapeuta.

V. Nada, ni siquiera mi inútil persona, puede interponerse entre un analizante y *su propio* deseo. ¿Qué sentido tendría, si no sé nada al respecto?

Alrededor del deseo, con el tiempo, se ha formado un gran malentendido teórico. Siempre se pensó que se refería al deseo «de algo» o «por algo». Se entendió en el sentido de *desear*, favoreciendo el verbo transitivo con respecto al sustantivo, pero, dando prioridad al verbo, se ha perdido por completo su (del deseo) esencia trágica, en favor de una mucho más tranquilizadora, que viene de haberlo soldado a un objeto que, al constituir su causa, lo armoniza con lo ya conocido o con lo que parece posible conocer.

Freud, fundando el lenguaje y la cultura del psicoanálisis, reconoció en el deseo lo que *revela* la esencia primordial de lo humano, identificando en la violación, en la antropofagia y en el asesinato las tres raíces que lo constituyen en el tiempo de la total libertad, cuando el hombre todavía *no sabía* de sí mismo. Aquí radica su esencia trágica, en el hecho de que estas tres raíces están siempre presentes y listas a recobrar la vida «bebiendo sangre como las sombras del Hades», nos dice Freud. La esencia, es decir, es esa libertad que se pierde y ya no se redescubre después de que el *saber* ha hecho su entrada en lo humano. Y es también ese saber que, alejando al hombre de su primordialidad animal, inicia el camino de la civilización.

Queda así, en el deseo, un núcleo imposible de conocer y controlar, que se ha asentado en la estratificación milenaria de la remoción.

Ahora bien, ¿cuál es el valor del «trabajo de civilización» que el análisis freudiano lleva a cabo en la tarea histórica del psicoanálisis? ¿Qué dirección toma esta tarea hoy en el desarrollo contemporáneo de la sociedad capitalista? Parece evidente que el capitalismo de hoy ha hecho del deseo «objetual» su llave de fuerza, allí donde la tecnología siempre hace contribuciones más complejas a su desarrollo. Piensen en las promesas de felicidad, poder, inmortalidad, libertad que, en la medida en que podamos considerarlas ilusorias, hoy la sociedad capitalista, a través del poder de la tecnología, vende como certezas o al menos como posibilidades en el futuro de la humanidad.

El asunto que está en juego aquí es precisamente el crecimiento del poder de la técnica en sí, como *poder*. Es decir que el programa de la técnica se ha convertido en el de incrementar su poder en el imaginario colectivo y, por lo tanto, de determinar las decisiones políticas, económicas, y todo lo demás. Ya no es la técnica que produce herramientas para el hombre, sino el hombre que sirve para el crecimiento desproporcionado del poder de la técnica. Ya no es más la técnica para el hombre, sino el hombre instrumento de la técnica, que se ha convertido en su instrumento privilegiado, completamente sometido a través de un imaginario que le propone el poder sobre sí mismo y su mundo.

Esto no es nuevo, pero es nueva la forma en que se propone en la era contemporánea.

Simplemente, hemos sido testigos durante muchos años de la producción de una cantidad indefinible de bienes, es decir, objetos que se ponen en el mercado con la promesa de que satisfarán cualquier necesidad humana. Lo cual es claramente falso y lo saben todos, pero el juego es que si un objeto no funciona, inmediatamente hay otro listo que, quizás, esta vez va a funcionar, aun volviendo siempre, nuestro tan famoso como desafortunado sujeto, a engañar su frustración corriendo tras de objetos.

Estas condiciones históricas de decadencia extrema han siempre arrastrado barbarie y destrucción, que hoy se presentan a través de una deshumanización, cada vez más pronunciada, del hombre, como lo demuestra el creciente uso de neologismos y acentos eufóricos en el lenguaje. No estoy aquí para hacer una lista de escritores, poetas o profesionales que han denunciado este proceso involucional de la humanidad, y no solo del Occidente⁴.

Haber hecho «como si» el deseo coincidiera con lo «deseable», arrebatándolo de su trágica realidad, fue la gran estratagema del capitalismo. Y de esta manera, ha alejado cada vez más al hombre de su verdad más exigente. Para aquellos que sienten, a pesar de todo, la trágica verdad de su condición humana se reserva un tratamiento poco envidiable: o la adaptación con la renuncia y la pérdida de su subjetividad, o convertirse en desperdicios sociales.

Es necesario que nuestra investigación se sitúe en la locura, nuevamente, como al comienzo de la aventura freudiana. Así que, si es al trabajo de la civilización que nos dedicamos, es para que la locura encuentre sus posibilidades de expresión en las áreas más nobles y no en los institutos de psiquiatría, y quien se percibe sujeto (leer *sub-iectūs*) a su propio deseo, no colapse bajo el peso de sus escombros.

Elevar la cultura del psicoanálisis más allá de la barbarie de la enfermedad mental provocada por la psicopatología: este fue el programa freudiano.

Debemos redescubrir este compromiso y esta capacidad, debemos devolver al deseo toda la fuerza de su subversión, hoy, en el tiempo de la sociedad contemporánea, en la época del poder de la técnica.

VI. Para un programa de este tipo es necesario, en primera y última instancia, que el psicoanálisis pueda enmendar su propio lenguaje de cualquier referencia a la patología psíquica, sobre la cual se sostuvo durante el

⁴ Señalo a todos el último libro de Moreno Manghi, *Sul fascismo della lingua e altre bagatelle*, (e-book) Polimnia Digital Editions, Sacile (PN) 2018.

Novecientos su teoría y su práctica clínica, de cada vínculo con el patogénesis de los síntomas y de cualquier relación causa-efecto. En otras palabras, debe abandonar *definitivamente* cada evaluación y referencia de orden psiquiátrico o psicopatológico. Ese lenguaje ya no puede pertenecer a la experiencia del psicoanálisis y siempre ha sido equívoco ya desde el primer Freud, al menos hasta 1920 y el ensayo sobre la homosexualidad femenina, cuando se comprende que el proceso determinista de derivación de las causas a partir de los efectos, construido con un razonamiento «en reversa», es equívoco y conduce a conclusiones ficticias y engañosas⁵.

Si se percibe que lo psíquico, y todo lo que le concierne, no es una estructura dinámica sino compleja (ver más abajo § VIII), se entiende que la estructura psíquica nunca será posible considerarla en equilibrio. ¿Qué implica la definición de patología? Que la ruptura de ese concepto falso e ideológico de un supuesto equilibrio de lo psíquico, en su ruptura, en su presunto desequilibrio, introduzca una patología. Ahora, en el lenguaje, esa pretende afirmar una realidad humana compleja a través de una definición que es supuestamente exhaustiva, convirtiendo una apariencia en realidad; lo que se ve de un sujeto en su alteración común, en su presentación de un comportamiento que se desvía de la norma social que define la «normalidad» de los comportamientos y establece el medio en el que cada ser humano debe ser colocado para ser considerado parte del entorno social e integrado en él. Donde cada comportamiento se aleja del promedio establecido por la ideología de la época, ahí se abre para el desviado un espacio ajeno a la sociedad, al que estará *obligado* y cuya posición se define a priori desde la concepción hecha realidad de la definición de una patología.

El diagnóstico es la expresión lingüística que abre una heteropía. Con este concepto, Michel Foucault quería definir y circunscribir el lugar donde, en una sociedad determinada, se encuentran los individuos en crisis o considerados desviados respecto a la condición medial de la existencia social. El diagnóstico, por lo tanto, no sirve para evidenciar la realidad subjetiva, sino para imponer la condición en la que la persona va a estar obligada a vivir; abre un «espacio otro», dentro y al lado de la sociedad, para cerrar y separar del resto de la sociedad a la persona cuyo comportamiento no corresponde a la suma de comportamientos aceptables en un contexto social dado. En definitiva, el diagnóstico psíquico no nombra una patología aferente a la persona o a su organismo, sino que es la formulación lingüística que introduce y define la

⁵ S. Freud, «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (1920) en *Obras Completas*, Vol XVIII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979, pag. 141.

necesidad de que esta persona se separe del cuerpo social para insertarse en un espacio «otro».

La esquizofrenia, por ejemplo, no es una *cosa*, como nos quieren hacer creer, sino la formulación lingüística de la necesidad de separar el presunto esquizofrénico del resto de la sociedad de productores, por lo que este puede continuar sin cambios en su tarea de producción, política, organizacional, etc. Y su «cura» no es la búsqueda de la cura de una enfermedad en curso, sino la forma en que se mantiene a una persona separada del contexto social, es decir que la cura es una tentativa de garantía social por la intromisión del desviado. Los poderes políticos han utilizado muy a menudo el diagnóstico de esquizofrenia para separar a los oponentes de la sociedad. El uso de la farmacología es un medio contemporáneo y altamente desarrollado de separación y contención del inadaptado. El compromiso de la ciencia y de las técnicas derivadas ha desarrollado sistemas sofisticados y siempre más eficaces para asegurar no la curabilidad de algo *que no existe*, siendo una mera definición, sino la tranquilidad social. O sea, el fármaco nos salvaguarda de la angustia y de la fuerte inquietud que ciertos «comportamientos», oposiciones a menudo extremas, despiertan en el complejo social, político, familiar, educativo, productivo, y así sucesivamente. De ahí la necesidad del uso de sistemas que puedan separar y sedar.

A partir de finales del siglo XIX, la imposición a nivel social del lenguaje médico como paradigma de la cientificidad, en lugar del lenguaje de la mecánica, ha organizado una sociedad que se nutre y desarrolla en torno al concepto de patología, encontrando en las manifestaciones humanas, cada vez más, el signo o el síntoma de una enfermedad. El ser humano como emblema de la enfermedad, la derivación de una condición antropológica cristiana medieval que quiere someterlo al mal, al «maligno» y donde el sufrimiento es el camino de la expiación y la redención. Si en los siglos XVIII y XIX la narración de la máquina y su funcionamiento era la metáfora que hablaba del hombre y su vida, desde el siglo XX es la narración médica que define al humano a través de la anamnesis, el diagnóstico y la patología.

Un ejemplo paradigmático de nuestro tiempo es la evaluación del autismo. Las personas autistas plantean problemas insolubles con respecto a la ideología de la «socialización» y «comunicación», de la cual representan un fracaso absoluto y total. También asusta su cierre total al mundo hipostasiado del mercado, o sea un mundo omnicomprendido habitado de manera idéntica por todas las personas que viven siguiendo los mismos principios de producción e intercambio. Tal mundo está gravemente amenazado por el autista. De ahí la

necesidad de crear un espacio separado en el que estas personas sean «acudidas» con procesos de rehabilitación de por vida, después de haberles privado de todos los derechos y obligado al deber del cuidado. Y sin embargo, por lo general, son personas con considerable inteligencia, con facultades excepcionales en el campo de las artes o científico.

Si los psicoanalistas quieren enmendar el lenguaje del psicoanálisis de las escorias de una lengua medicalista y religiosa, que ha caracterizado a la totalidad del psicoanálisis del Novecientos, tendrán que comenzar eliminando, en sus análisis de la estructura psíquica, toda referencia psiquiátrica. Parar de pensar en términos de neurosis y psicosis y enmendar su propio diccionario de todos los derivados de una concepción psiquiátrica de la vida humana. Saber, hasta el final, y sin ninguna concesión, que nos encontramos con seres humanos, con sus historias, inteligencias, deseos, dignidades y no con «enfermos». Hombres y mujeres que viven en la historia y en la sociedad, y que solamente organizan sus existencias a ese nivel. Si el psicoanalista no comprende que tiene ante sí un *hombre*, sin ninguna adjetivación que lo califique desde el punto de vista psíquico, puede sólo impedir ese evento que es la experiencia psicoanalítica, incluso si lo llama psicoanálisis. La comparación con una supuesta patología ideológica puede sólo ser de naturaleza terapéutica.

En el plano del lenguaje, la coincidencia de un nombre propio con la patología que se le atribuye implica una forma particular de entender a la humanidad. Indica una humanidad «relativa», sujeta al contexto requerido por la patología que se le asigna. De modo que ningún hombre es libre, y es *en sí mismo y para sí mismo* humano, pero con el convertirse en el sujeto de su patología, también se vuelve sujeto a la esfera de influencia requerida por su condición. La relativización lo fuerza en aquellas áreas que hacen que sea *prisionero* (así privado de todos sus derechos y de su responsabilidad personal) del médico, de la institución, del espacio separado que la ideología política y social ha preparado para él. No más con su inteligencia y su deseo, sino entregado a la voluntad que lo determina cómo «enfermo», o como un *incapaz* que necesita ser acudido, después de haber sido apartado de la esfera social que hay que proteger de su influencia y su presencia. Todo el lenguaje de la psiquiatría, desde el diagnóstico hasta la terapia, indica la necesidad de separar el cuerpo del presunto enfermo del cuerpo social en su totalidad.

VII. Se discute hoy en día, y con razón, sobre la relación entre el psicoanálisis y la ley, especialmente en aquellos estados donde la ley prohíbe el

psicoanálisis a menos que no esté registrado bajo el nombre de psicoterapia-psicoanalítica e insertado en los diversos sistemas nacionales de salud.

Sobre el tema de la relación entre la ley y el psicoanálisis, quien hoy, a mi entender, ha explorado el tema con mayor pertinencia y rigor, es el psicoanalista y jurista italiano Roberto Cheloni, que está estudiando la legislación europea en esta materia⁶. Por lo demás, escuché sólo banalidades, obviedades, posiciones estériles que ponen en tela de juicio a jueces, políticos y diversas mercancías judiciales o profesionales, sin entrar nunca en el asunto y sin ninguna posibilidad de minar el orden constituido.

Están también los psicoanalistas de aquellos países que, no sufriendo tal presión social ni sentirse en peligro, están convencidos de que se les permitirá practicar el psicoanálisis libremente, considerando a sus países liberales y garantes de la libertad, tranquilizados por un movimentismo que nos recuerda los años del 68. No sé exactamente de dónde puede venir una tal creencia a estos colegas, como si en las sociedades burguesas del capitalismo contemporáneo la subversión del deseo fuera la aspiración más alta y la libertad su fin institucional. Lo más sorprendente es que en estos países se está radicalizando la convicción, muy consoladora, de que la distinción entre el ejercicio del psicoanálisis y de la psicoterapia está garantizada.

Como si el sistema de poder capitalista, por *excelencia* internacional, y para hacer más claro el asunto, renombrado *global*, no persiguiera realmente lo mismo con las mismas metas y objetivos en cada rincón del planeta. Ciertamente no será una movilización (la residual, no la auténtica de los años sesenta, cuando pusimos nuestras vidas en juego al tratar de sacudir un sistema), con todo el romanticismo que la distingue, que va a impedir todo esto.

Un ejemplo nada desdeñable en nuestra historia reciente: los grandes grupos lacanianos (y me refiero a Miller, Soler y Melman), en los países que han legislado sobre psicoterapia, se han alineado completamente con la ley del Estado, y después de haber predicado la igualdad entre la psicoterapia y el psicoanálisis, han decidido, con el ímpetu de un hurón, que siendo el psicoanálisis una cura, no solo no se distingue de la psicoterapia sino que es él mismo psicoterapia, entrando así en los hechos y en los derechos en la política de salud del Estado. Y todo esto ha sido un punto de fuerza en los asuntos judiciales italianos, como lo será en otros lugares, porque incluso si los lacanianos piensan que psicoanalizar es curar, los «laicos» no tienen ninguna

⁶ R. Cheloni, *Adversus Europam : le corporatisme professionnel contre la Psychanalyse en Italie*. Ponencia presentada al Seminario del Inter-Associatif Européen de Psychanalyse, Bruselas, 2 de junio de 2018.

razón para existir, y aquellos que ya están, no son más que forajidos condenables porque no están alineados con la ley del estado.

¿Pero entonces, a esos colegas muy estimados que piensan que son libres de practicar el psicoanálisis en su país, no es que tal vez *se les deje* libres porque se consideran adecuados y consustanciales a las políticas de salud, porque son considerados idóneos para «aliviar el sufrimiento» psíquico, de la misma manera que cualquier otro tratamiento psicológico o psiquiátrico? ¿No es acaso que ha ya madurado el malentendido del psicoanalista como «trabajador de la salud»? ¡Pero no del todo! En Francia, por ejemplo, el psicoanálisis no se considera adecuado para aliviar el «sufrimiento psíquico del autismo» (se vea cuanto es engañoso el lenguaje médico), y una resolución de un número sustancial de parlamentarios pide al gobierno de «*condamner et interdire les pratiques psychanalytiques sous toutes leurs formes* [en el cuidado de los autistas]» y reconocer «*systematiquement la responsabilité pénale des professionnels de santé qui s'opposent aux avancées scientifiques et commettent des erreurs médicales en matière d'autisme*» (Las cursivas son mías) [«Condenar y prohibir las prácticas psicoanalíticas, eso en todas sus formas»; reconocer «sistemáticamente la responsabilidad penal de los profesionales de la salud que se oponen al progreso científico y cometen errores médicos en el campo del autismo»].

No es una novedad que el psicoanálisis se oponga a las instituciones sociales o a la ciencia oficial. Es una historia que comenzó con Freud, o sea desde el principio, y no será suficiente acomodarse bajo el cobijo de cualquier institución, ni siquiera psicoterapéutica, para sentirse protegidos y socialmente aceptados.

Ahora, los colegas franceses pueden también protestar contra las políticas liberticidas y organizar comités, y ciertamente hacen bien. Sin embargo, sabemos que en otros países, como Italia, donde *inmediatamente* (desde finales de los años ochenta) se estableció un fuerte movimiento en defensa del laicismo del psicoanálisis con respecto a la ley sobre las psicoterapias, esto no produjo, al final, ningún resultado, pero pospuso simplemente lo que tenía que ser. No va a ser el romanticismo movimentista ni una estéril y paranoica contraposición judicial que detendrán a los Estados en sus políticas de control y organización social. No va a ser en la defensa o en la llamada resistencia militante que se va a encontrar el camino para continuar la aventura psicoanalítica. Y ni siquiera por la seguridad que puede venir de la ilusión de encontrarnos bajo el sombrero protector de un Maestro.

No he oído a nadie, por ejemplo, poner en cuestión el tema del autismo, proponiendo algo nuevo en la investigación para ser comparado con las más de

las veces manidas hipótesis de los años Sesenta sobre la psicosis, cuya «culpa» debería atribuirse a la madre, o las más recientes sobre la enfermedad neurológica. Nadie, pero nadie, entre los terapeutas que encontraron su nueva gallina de los huevos de oro en el autismo, todavía ha tomado en consideración los estudios de la historiadora Edith Sheffer de la Universidad de Berkeley o del historiador vienés Herwig Czech, de la Universidad Médica de Viena, sobre el análisis del origen nazi del diagnóstico de autismo y las teorías de Asperger.

Ciertamente, no van a ser suficientes los papeles timbrados y ni siquiera las declaraciones, por cierto minoritarias, en favor de los psiquiatras que, al final, en sus lugares de cuidado se adaptarán muy pronto al nuevo curso «científico».

Necesitamos estudiar nuestra historia reciente, al menos la del Novecientos, si queremos tener más inteligencia sobre el presente.

En el caso de la España, donde la psicoterapia puede practicarse solo con el título, reconocido por el Estado, de psicólogo clínico, durante muchos años ha sido a nivel social y no jurídicamente que el psicoanalista está «fuera del juego», porque se lo considera un charlatán y la psicoanálisis una práctica no científica, un engaño al que nadie quiere recurrir.

Pero es el caso italiano que hoy puede proporcionar los mayores elementos de reflexión, donde la ley sobre psicoterapias no es, en definitiva, mala porque el psicoanálisis, al no ser contemplado, fue excluido – y en el nivel legislativo sigue siendo así, porque la ley nunca ha cambiado –, y el psicoanalista no puede ser procesado. En los últimos diez años el poder judicial ha impuesto el enjuiciamiento penal del psicoanalista, luego de que la Orden de Psicólogos impusiera, incluso a nivel judicial y gracias a la complicidad de las grandes asociaciones lacanianas, la equivalencia entre psicoterapia y psicoanálisis con la consideración de que este último es una cura y, por lo tanto, un acto médico.

No hay duda de que los psicoanalistas deben defenderse judicialmente. Sin embargo, esto no va a ser persiguiendo a la paranoia judicial en la búsqueda de herramientas de defensa solitarias, aunque esenciales; no va a ser poniéndose a la defensiva que uno se ocupa del destino del psicoanálisis. Será solo la investigación en torno a lo que puede ser el psicoanálisis y su tarea en la civilización en el tiempo del capitalismo contemporáneo, a devolverle su estatus en la ciencia y la cultura contemporánea, y devolver el psicoanalista a su función de escucha. De lo contrario, el psicoanálisis no solo traicionará su tarea histórica, sino que se verá completamente engullido por el sistema de atención médica, reducido a cualquier psicoterapia como cualquier otro modelo terapéutico.

¿Seguirá siendo posible que las asociaciones psicoanalíticas actuales cambien el *habitus* y aborten el criterio romántico de fidelidad en el que se

encuentran? Comprender que ahora nos encontramos teniendo acceso a un *tercer tiempo* del psicoanálisis, para usar una expresión feliz de Jacques Nassif, después del primero, fundador, de Freud, cuyo mensaje fue confiado a la escritura, y después del segundo, el de una refundación confiada sobre todo a la voz de Lacan y al oído de su audiencia⁷?

VIII. Una teoría de la psique no puede ignorar la teoría física de la complejidad. La psique construida por Freud, definida por la función del inconsciente, es un sistema complejo y, como tal, está lejos del equilibrio dinámico. Es un sistema que no está en equilibrio, tiende al caos y, en general, es un sistema que tiende a la autorregulación. En psicoanálisis, en cambio, se ha impuesto la teoría dinámica (o psicodinámica), una teoría que lo ha forzado en los dominios psiquiátricos. En las universidades italianas, el psicoanálisis todavía se llama «psicología dinámica». Un tributo pagado al fascismo y a la Iglesia Católica que, por diferentes razones, se han opuesto al psicoanálisis desde su ingreso a la cultura europea. En otros lugares no se llama así, pero el significado sigue siendo el de una teoría dinámica, es decir, «determinista». Incluso hoy en día, a pesar de los avances de la ciencia moderna y, en el campo del psicoanálisis, el inicio de una teorización en Bion y Lacan que aún no ha encontrado un reprocesamiento adecuado, el psicoanálisis sigue siendo una teoría dinámica y determinista.

Los psicoanalistas aún no han considerado con la debida atención las teorías matemáticas sobre los sistemas complejos.

La forma «dinámica» de comprender la realidad psíquica surge de la asociación estéril entre el psicoanálisis y la cura cuya presuposición está inscrita en la concepción médico-psiquiátrica, o de la psicología clínica, que procede de la presunción de la patología psíquica. Digo que es estéril porque lo que se entiende por patología psíquica es un concepto vinculado exclusivamente a la *apariencia* (véase el § VI anterior).

Esta apariencia se debe al concepto, prejudicial y preestablecido, de un equilibrio con el que uno quisiera designar la *normalidad* en la condición humana. Sin considerar de esta forma, que la supuesta condición humana, o sea la estructura psíquica, por la misma definición que proviene de la función del inconsciente, está siempre lejos del equilibrio, continuamente abierta a su alteración. Cuando Freud escribía, en 1938, que el ego normal es solo una ilusión, no se refería a nada más que al hecho que la condición humana es una

⁷ Véase J. Nassif, *Un troisième temps pour la psychanalyse*, Liber, Montreal 2004.

condición inestable, lejos del equilibrio⁸. La «pérdida» de dicho equilibrio se atribuye a la intervención de una patología que lo está alterando. De ahí la necesidad del tratamiento como restablecimiento del equilibrio y la normalidad. Condición que requiere una capacidad de pronóstico que, en realidad, es imposible de determinar. No hay previsibilidad en términos tanto de complejidad de la estructura psíquica como en la condición humana. Lo cual no significa que vivimos en absoluta ignorancia, desconocimiento o incapacidad para saber y calcular: Freud está ahí para mostrárnoslo, ni más ni menos como los físicos o los químicos.

Que se pueda restablecer una condición de equilibrio, los maestros, comenzando por Freud, entiendo el de la madurez, nunca lo han afirmado, al menos en estas formas. Sin embargo, a pesar de sus continuas referencias, los psicoanalistas aún no han dado el salto, conceptual y lingüístico, que los lleve a vincular la condición humana, la estructura psíquica, a los sistemas complejos. Respecto a lo cuales no se puede decir que estamos en una condición preliminar de equilibrio ni que se produjo una ruptura del mismo. Y lo máximo a lo que podemos acceder es a una teoría probabilística.

Desafortunadamente, la medicalización del psicoanálisis ha impuesto, para darle un valor terapéutico viable, de no tener en cuenta la complejidad, sino reducir cada teoría a lo comprensible, a lo «lineal», a su reducción en conceptos claros y repetibles, para uso de su aplicación protocolaria. Esto también pasó con Freud y Lacan. Las dificultades con las que el analista debe enfrentarse, han sido siempre socavadas en beneficio de la reducción aplicativa del concepto.

Aún son pocos, hoy en día, los que sienten que el psicoanálisis conocido y practicado en el Novecientos, y vinculado a esas formas y lenguajes, ya no existe. Me refiero a lo que se pretende remontar hasta Freud, y que Lacan y Bion han *regenerado* con su investigación – para nombrar a aquellos que más que otros, después del inventor, han sido capaces de impulsar la práctica y la teoría que se derivaban.

Es importante, sin embargo, señalar que si Bion y Lacan renovaron el psicoanálisis, abriendo en la historia de la civilización europea un «segundo tiempo» del psicoanálisis, fue sólo porque no se quedaron, como todo el mundo en su época, a repetir conceptos que ya se han vuelto inútiles; si esa

⁸ De paso, el único que se dio cuenta de este nivel del discurso freudiano, subrayando su aspecto trágico, fue Mario Lavagetto en su libro *Freud la letteratura e altro*, Torino, Einaudi, N.E. 2001 (versión en francés, *Freud à l'épreuve de la littérature*, Paris, Seuil, 2002): quiero decir, un crítico literario y no un psicoanalista. En los últimos años, el único psicoanalista que he oído pensar de esta forma es el italiano Antonello Sciacchitano.

renovación fue posible, es solo porque su investigación ha sido capaz de interpretar la sociedad y el lenguaje que la constituyó en los años de la Reconstrucción después del horror y la destrucción física y moral de los años del nazi-fascismo y la guerra. Pero si pasó esto, no fue porque estos genios han sido iluminados por el espíritu santo caído sobre ellos, sino porque han pasado toda su vida al estudio y análisis puntual y *crítico* de los conceptos del fundador, paso a paso, hasta reelaborarlos a la luz de su escucha. Lacan se ha comprometido durante veinte años, desde mediados de los años cincuenta hasta mediados de los setenta, a realizar comentarios sobre Freud sin demorarse en la repetición; años pasados a hablar con él, aportando a la teoría los elementos de la cultura de su tiempo.

IX. Por lo tanto, el hecho de que el renacimiento del psicoanálisis pueda tener lugar, radica precisamente en nuestra capacidad de abrir un *diálogo* con los maestros. Es sólo en este plano que se *inventa*. El resto, *todo* lo demás, es solo pensamiento epigonal, cáncer del psicoanálisis y de la filosofía de finales del siglo XX, que sobrevive en ellos como un vampiro, a pesar de que ahora está enterrado en la civilización contemporánea.

Del diálogo, de su necesidad y su fertilidad han hablado muchos otros, desde Michail Bachtin hasta en el reciente ensayo de Vitalij Machlin, *Dopo l'interpretazione*, publicado en «Enthymema» en 2010.

Pero es a Nicolás Maquiavelo que aquí quiero referirme, cuando le escribe a su amigo Francesco Vettori, el 10 de diciembre de 1513, que cambiándose de *habitus* y vistiéndose con ropas reales y curiales entra «*nelle antiche corti degli antichi huomini*» («en las antiguas cortes de los antiguos hombres») y allí, amorosamente recibido no se avergüenza hablar con ellos «*et domandarli della ragione delle loro actioni; et quelli per la loro humanità mi rispondono*» («y preguntarles por la razón de sus acciones; y aquellos por su humanidad me responden»)⁹. A Maquiavelo no le importa aprender o repetir lo que los antiguos dijeron o hicieron, pero está interesado en comprender lo que puede aprender de ellos, para sí mismo, para el crecimiento de su pensamiento y expresión. En su comentario sobre la primera década de Tito Livio, Maquiavelo está todo tenso en la búsqueda de lo que aún no está allí, para producir un conocimiento que no existía antes que él: la ciencia de la política.

Y lo mismo ocurrió con San Agustín, donde su comentario sobre la primera

⁹ N. Maquiavelo, Epistolario privado. Las cartas que nos desvelan el pensamiento y la personalidad de uno de los intelectuales más importantes del Renacimiento, Juan Manuel Forte (edición y traducción), Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.

carta de San Juan cambia radicalmente la vida de Occidente, al establecer la primacía del amor sobre la justicia. No más Dike al gobierno del mundo, sino Àgape.

Esto es el diálogo: dialogar y comentar no son formas estériles de conformarse a las ideas de los demás o para demorarse en su repetición hasta ser inútiles y sin vida, como fue en nuestro Novecientos, todo cerrado en su autorreferencialidad. El comentario no es una explicación de lo que un autor habría dicho, y el diálogo está a la *raíz* de la invención.

Por lo tanto, debemos confiar en el diálogo, en este tipo de diálogo, si queremos encontrar e introducir el tercer tiempo del psicoanálisis. En la actualidad, solo será posible a través de un debate colectivo, abierto a las más variadas, evolucionadas y audaces contribuciones de la ciencia y el arte, y en el intercambio de experiencias en una investigación que solo se puede llevar a cabo en un entorno de *libertad* lingüística y relacional, de acuerdo con la arquitectura lógica que recibe el nombre de *peer-to-peer*: o sea construir una red paritaria en la que todos estén en contacto con todos, especialmente una red de *analizantes* (cuales todos somos, una vez que hemos renunciado al profesionalismo) cuyo compromiso será *refundar* el psicoanálisis en la contemporaneidad.

Pero una refundación será posible si, y sólo si, se produce una ruptura epistemológica con el psicoanálisis freudiano, lacaniano o bioniano, en definitiva con todo el psicoanálisis del Novecientos. Una ruptura epistemológica pero no una ruptura histórica, es decir la refundación del psicoanálisis más allá de Freud, Bion o Lacan pero no sin Freud, Bion o Lacan.

X. En conclusión, quiero recordarles que no es casual que Freud retomara Goethe en la famosa afirmación de que si uno realmente desea poseer la herencia de los padres, hay que reconquistarla. Tal conquista nunca puede basarse en una lealtad mal entendida. Es necesario escuchar a Marc-Alain Ouaknin cuando en su trabajo, *Tsimtsoum. Introduction à la méditation hébraïque*, nos recuerda la palabra ética, que es la que impide la cancelación de las diferencias, y que es «movimiento del decir en contra de lo ya dicho».

La «palabra ética» no es la que heredamos, no la recibimos «por testamento», no es la palabra enunciada ni la enunciante. Es una ruptura, una fractura, una grieta, no existe dentro de un lenguaje preestablecido (por los maestros) ni es una palabra que une, porque es contraria al «decir todos juntos la misma cosa».

Hoy, el mayor enemigo del psicoanálisis, quien trabaja para su exclusión y cancelación, parece ser proprio la resistencia al psicoanálisis del psicoanalista.